



XXXI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Esmérate en practicar estos mandamientos para que seas feliz”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Deuteronomio 6,1-6; Hebreos 7, 23-28; Marcos 12,28b-34.

La lectura del evangelio de este domingo nos conduce a Jerusalén, a donde Jesús ha llegado al final de su camino, que concluirá con su muerte. Allí tendrá ocasión, en el marco de una serie de encuentros y controversias –lo más grave fue la ocasionada por su acción en los patios del Templo– de precisar aspectos centrales de su mensaje.

El clima que se respira es de desconfianza y afán de poner a prueba al profeta galileo, del que ya mucho se había oído hablar en Jerusalén. Se le habían enfrentado con preguntas insidiosas los grupos más influyentes de la ciudad santa: los “sumos sacerdotes, los escribas y ancianos” (11,27), “los fariseos y herodianos” (12,13), finalmente “unos saduceos” (12,18). Ahora “se acercó uno de los escribas”, conocidos también como “maestros de la Ley”. Constituían un sector respetado por la población, eran estudiosos de las Escrituras y se las explicaban a la gente sencilla. Se sentían importantes y reclamaban privilegios. Jesús se lo criticaba duramente: “gustan pasear con amplio ropaje, ser saludados en las plazas, ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y devoran la hacienda de las viudas con el pretexto de largas oraciones” (12,38-40).

Al parecer, el escriba que ahora se dirige a Jesús había escuchado con agrado los comentarios sobre las respuestas que Jesús había ido dando a los grupos que se le habían acercado, y se anima él también a plantearle su pregunta. “¿Cuál es el primero de los mandamientos?” No sabemos -ni se dice en el texto- con qué intención le pregunta. La respuesta, para cualquier judío de su tiempo, era obvia; la recitaban todos los días varias veces, cumpliendo el mandato que se cita en el texto del Deuteronomio. ¿Habría dado Jesús algún indicio de que él pensaría de otra manera? Pero no, responde correctamente: “El Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas”. Lo

* Ciclo A

que él intensamente vivía, con la peculiaridad de llamar a Dios “Abba” (Padre) más que Señor. Y eso es muy importante: amar a Dios no significa para Jesús un “mandamiento”, sino una experiencia agradecida de gratitud: primero se siente amado, su amor es acogida y correspondencia, que se expresa en todo lo que vive y en todo lo que hace, “con toda su mente y con todas sus fuerzas”. Amar, porque primero se siente amado, configura su identidad personal de “Hijo” de Dios. Y se prolonga en reconocerse “hermano” de todos los humanos. Lo que le lleva a completar espontáneamente su respuesta: “El segundo es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. También lo que él mismo vivía y manifestaba en su acercamiento y compasión solidaria hacia toda persona –próxima o lejana- en situación de necesidad.

“No hay otro mandamiento mayor que estos”. “Estos”: como si fueran uno solo, sin confundirlos, pero inseparables. En el evangelio de Mateo lo expresa diciendo “el segundo es semejante a éste” (Mt. 22,39). Esta vinculación, típica de Jesús –le habían preguntado por el primer mandamiento y el responde introduciendo la mención del segundo- da fundamento a lo que sentencia la Primera carta de Juan: “Si alguno dice: ‘Yo amo a Dios’ y odia a su hermano, es un mentiroso” (1Jn.4,20). Ciertamente va en la línea de lo afirmado por los grandes profetas de Israel, que habían insistido en la necesaria coherencia entre lo que se proclama en el culto del Templo y lo que se practica en la cotidianidad fuera de él. (Pueden dar una leída a Jeremías 7,1-11; Isaías 1,11-17, etc.). No es lo religioso lo que da sentido y hace valioso lo que uno realiza en el mundo de lo profano; más bien parece ser al revés: lo que uno practica en la vida ordinaria, profana, otorga y muestra la autenticidad de lo que uno afirma y vive en el ámbito religioso. El amor a Dios, vivido a la manera de Jesús, es primero acogida del amor que Dios nos tiene de manera muy personal, pero enmarcado en el amor con que abraza a todas las personas. Amar a Dios implica, por tanto, amar lo que él mismo ama, lo que no puede expresarse sino en el amor fraterno “a tu prójimo”, pero sin restricción y discriminación alguna. Permítanme recordar que es lo que Gustavo Gutiérrez trataba de formular en la expresión: “una sola historia”.

El diálogo entre el escriba y Jesús continúa en un mutuo reconocimiento: “Muy bien, Maestro, tienes razón”- “No estás lejos del Reino de Dios”. La respuesta del escriba reconoce en Jesús un buen judío. La de Jesús significa una invitación al escriba a dar un paso más: acercarse a la Buena Noticia del Reino de Dios. Ese sutil paso ya se lo habíamos escuchado, hace unos domingos, en las palabras al joven rico: no contentarse con el “cumplimiento” de los mandamientos, sino ponerse en el camino del “seguimiento”. Para uno y para otro –para el escriba y para el rico- y también para nosotros hoy, la propuesta radica en vivir la fe y el amor a Dios de manera tal que encamine al reconocimiento y al amor solidario al prójimo, de manera más precisa y primera a los pobres.

Los tres evangelios sinópticos retoman el episodio -señal de que para sus comunidades era muy importante-, añadiendo cada uno algún matiz. Mateo precisa lo de “el segundo es semejante”. Lucas aclara que el prójimo no es el que está próximo a mí, sino cualquier persona en necesidad a quien yo, como buen samaritano, me

aproximo. La lectura invita a una profunda revisión. La tentación de una espiritualidad desencarnada, desdoblada, como si el cumplimiento de los dos mandamientos caminara por itinerarios separados, siempre ha estado presente poniendo la prioridad o la urgencia en el primero o en el segundo. La referencia constante a Jesús, a su enseñanza y a su vida, constituye siempre una reivindicación de la unidad.

La primera lectura nos llevaba al viejo texto del Deuteronomio del que me gustaría resaltar una frase: “Esmérate en practicarlos (los mandamientos que va a enunciar) para que seas feliz y te multipliques, como te ha prometido Yahvé, el Dios de tus padres...”. Los mandamientos se entienden en el marco de la Promesa y de la Alianza, cuya intencionalidad es “que seas feliz” y vivas con plenitud (“te multipliques”). No son imposiciones caprichosas de un Dios Todopoderoso que reclama obediencia y sumisión, sino caminos ofrecidos por el Dios “amigo de la vida” para asegurar la plenitud y felicidad prometida a su pueblo. Jesús en su tiempo lo prolongará en las palabras pronunciadas en el monte; “Felices ...” abriendo y concretando nuevos caminos para que la promesa del Reino de Dios se vaya haciendo realidad ya en cada momento de la historia.

La lectura tomada de la Carta a los Hebreos continúa con el tema del “sacerdocio” de Jesucristo y su superioridad respecto al del Templo judío. Es único porque “permanece para la eternidad” y “puede salvar definitivamente a los que por él se acercan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor... y esto lo realizó de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo”. Jesucristo nos salva en su entrega hasta la muerte, de la que el Padre le ha resucitado y así está siempre vivo intercediendo por la humanidad. Esa superioridad era importante para aquellos primeros cristianos que venían del judaísmo. Lo es también para nosotros saber que el Resucitado siempre está vivo intercediendo en favor nuestro. Es nuestra mayor confianza y fuente de esperanza para vivir con sentido la vida como ofrenda y servicio.